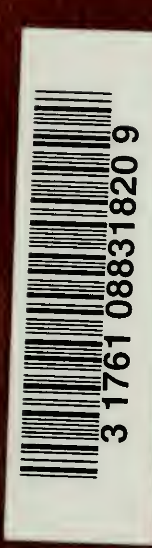

3 1761 08831820 9

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

No. 1.

EL PRÒLOGO DE UN DRAMA

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

TERCERA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40 - OFICINAS: POZAS -2- 2.°

1896

EL PROLOGO DE UN DRAMA

EL PRÓLOGO DE UN DRAMA

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en Valladolid el 27 de Diciembre de 1890, y representado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 10 de Enero de 1891.

TERCERA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE EVARISTO ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES	ACTORES

EN VALLADOLID

MARIANA.............	DOÑA CONCEPCIÓN CONSTAN.
LEONELO..............	DON JOSÉ GONZÁLEZ.
RODRIGO.............	» SAMUEL AGUADO.
JAIME.................	» ANDRÉS CORDERO.
DON LUIS MENDOZA..	» JUAN TORRECILLA.

EN MADRID

MARIANA.............	DOÑA AMPARO GUILLÉN.
LEONELO..............	DON RICARDO CALVO.
RODRIGO..............	» FERNANDO CALVO.
JAIME..................	» DONATO JIMÉNEZ.
DON LUIS MENDOZA..	» JOSÉ PÉREZ.

La escena en Sevilla en tiempo de Felipe II, poco más ó menos

---

ACTO UNICO

La escena representa una sala baja y modesta, en el fondo una puerta. cuando esta se abre, se ve más allá otra puerta, que da á la calle, cerrada por una verja. A través de ella se divisan confusamente una plaza y una imagen con su farolillo. Entre las dos puertas, la de la habitación y la de la verja, se supone que pasa un corredor transversal. A la izquierda, una chimenea encendida; à la derecha, en segundo término, una puerta que da al interior de la casa; en primer término. un mueble antiguo, en cuyo interior, según se ve màs adelante, hay guardada una arquilla preciosa. Mesa, sillones de baqueta, taburetes, etc. Acaba de cerrar la noche; no hay màs luz que la del hogar.

ESCENA PRIMERA

MARIANA; luego RODRIGO

Mar. ¡Qué largas las horas son
para una madre que espera!
¡Cuánto tarda el hijo mío!
¡Qué aprisa la noche llega!
¡Y cómo mis inquietudes
las sombras nocturnas llenan
de asaltos, de desafíos,

de riñas y de pendencias!
Después... sangre... muerte... no.
¡Virgen santa, madre tierna,
tú fuiste madre... protege
de Leonelo la existencia,
que Leonelo en esta vida
es todo lo que me queda!
Se oyen pasos... gente viene...
han empujado la verja...
(Se precipita al fondo y abre la puerta.)
¡Leonelo!...

Rod. Doña Mariana,
no es tu Leonelo quien entra,
sino tu escudero fiel
Rodrigo de Cabañuelas.
Quiero decir, que soy yo.
(Con énfasis cómico.)

Mar. ¿Viste á mi Leonelo?

Rod. Espera...
que ya despacio hablaremos
cuando cierre bien la puerta.
(Va al fondo y cierra la verja y la puerta con gran ruido de llaves.)

Mar. ¿Ocurre algo?

Rod. Puede ser
que ocurra, que el diablo medra
con el daño de la gente,
sobre todo, cuando es buena
y cristiana... como lo es...
quien es y será mi dueña...
(Con respecto y enternecimiento).
¡Mi doña Mariana!... Vamos,
(Con extremos paternales y cariñosos, luego conteniéndose y volviendo a su ideal).
que Luzbel todo lo enreda;
unas veces con el cuerno,
otras veces con la oreja,
unas veces con la zarpa,
otras veces con la lengua;
que no se está quieto nunca,
ni descansa, ni se enmienda.

Mar. ¿Alguna desgracia? (Alarmada.)

Rod. Puede...

Mar. ¿Mi hijo acaso?

Rod. ¿Quién se acuerda
del mancebo?

MAR. Pues entonces,
nada, Rodrigo, me arredra.
ROD. ¿Quién sabe, quièn sabe? El mal
toma formas muy diversas
y disfraces muy variados,
y donde menos se piensa...
MAR. Pues acaba.
ROD. Aguarda un poco.
Déjame que luz encienda,
que la cuadra está de suerte
que he de caminar á tientas.
(Sale un momento por la derecha).
MAR. Este Rodrigo... los años...
pero es sèrvidor á prueba.
ROD. En las sombras no se sabe
(Entrando con una lampara quo coloca sobre la mesa).
quién anda, ni quién acecha.
Las sombras son temerosas,
las sombras son traicioneras.
El diablo la sombra busca;
Dios en la luz se recrea,
y tu pobre Rodrigón
quiere ver y que le vean.
MAR. Pero en fin, ¿qué ocurre?
ROD. Cosa
muy grave, niña hechicera.
(Con mimo de viejo).
Para mí siempre eres niña;
á los diez y á los cuarenta;
y si te viese á los ciento,
aún por niña te tuviera.
MAR. Sé, Rodrigo que me quieres,
y que me quieres de veras.
Siempre me fuiste leal.
ROD. Y lo seré hasta muera.
Y en lealtad .. á èste... ninguno
(Golpeándose el pecho).
le gana ni se le acerca.
Si tu buen padre... que fué
muy cristiano, y en la eterna
morada Dios se lo premie,
pero con una mollera
más dura que el pedernal
que nos bajan de la sierra

para cascajear los patios ..
pues si tu buen padre...

Mar. ¡Cesa. .
cesa, Rodrigo, por Dios!

Rod. Al fiel servidor hubiera
(Sigue sin hacer caso de la interrupción).
escuchado cuando puesto
de rodillas y en cruz puestas
las dos manos le decía:
«Mira que el de Rojas lleva
sello maldito en la cara;
que es de Judas su guedeja;
que no se sabe de dónde
vino â caer en esta tierra;
que debe ser un pirata,
uu renegado...» Si hubiera
escuchado mis consejos...

Mar. Ya sabes que me atormentan
esas memorias; no más.

Rod. ¿Dar mi Mariana, la perla
de Sevilla, el regocijo
y el orgullo de su vega,
la alegría de su cielo,
de su perfume la esencia,
á un traidor, á un herejote,
á uu don Jaime de Centellar?

Mar. ¡Fué cosa horrible! Es verdad;
¡ay, padre, cuántas tristezas!

Rod. Tu padre... Dios le perdone,
¡terco que terco! ¡Una venda
le puso el diablo en los ojos!
¡Que don Jaime era quien era!
¡un caballero de alcurnia!
¡hijo de un Dux de Venecia!
¡rico como un genovés,
y noble como la testa
coronada de un rey godo,
que con escudo de piedra
está sobre el portalón
de tu casa de Carmena!

Mar. Todo eso pasô, Rodrigo,
hace mucho.

Rod. Pero quedan
las semillas; y retoñan
cuando menos se sospecha

las semillas olvidadas
de las venenosas yerbas.

MAR. No te comprendo.

ROD. Pues oye.
¿De don Jaime, alguna nueva
tuviste acaso? (Con misterio.)

MAR. ¡Jamás!
Desde aquella noche... aquella...
la noche de nuestras bodas...
(Con triste ironía).
Él... que á un castillo me lleva. .
que después desaparece...
(Cómo evocando recuerdos).
que me vende á Torrenegra...
¡qué infamia!... ¡basta, por Dios!

ROD. Pero desde aquella fecha...
¿Sin noticias?

MAR. Me dijeron
que entró en Argel con tres presas.
Que después se fué á Turquia...
y no más... Negro se cierra
el espacio, y su figura
se desvanece siniestra.
¿Por qué tus preguntas son,
Rodrigo, que se me hiela
la sangre?

ROD. Porque hace poco,
cuando el sol tras la ribera
del Guadalquivir se hundía,
entre jardines y huertas,
ví dos hombres conversando
cruzar por una alameda.
El uno, aquel escudero
del Marqués de Torrenegra,
el que hace días te trajo
una arquilla que conservas
(Bajando la voz y señalando el mueble).
bajo llave y con misterio,
y que según lo que pesa...

MAR. Silencio, por Dios, Rodrigo:
es de Leonelo... su herencia...
para mí, nada.

ROD. No sigas;
si por más que no me creas,
yo nunca he sido curioso...

pero me alegro de veras.

MAR. ¿Dijiste dos hombres?

ROD. Dos

¿Conque mucho oro y preseas?

(Con curiosidad.

MAR. ¿Y el otro?

ROD. Cara de Judas;
barbilla rala y bermeja;
ojos verdes y torcidos.
Si al de Rojas y Centellas
le cargas veinte años más
de los que tuvo en Carmena,
resulta la vera efigie
del que cruzó la alameda
conversando con el hombre
del Marqués de Torrenegra.

MAR. ¡No digas eso, Rodrigo!
No, jamás... ¡que no le vea!
¡Ante mí su faz odiosa!
¡Aquel mónstruo... aquella fiera,
aquel miserable! ¡No!
Su alma ruín... su alma perversa...
ó en Argel entre piratas,
ó entre turcos en Morea,
ó en el infierno, que allá
la codician y la esperan.

(Cae en un sillón encubriéndose el rostro).

ROD. Pues por el pronto, Mariana,
su rojiza faz refresca,
del Guadalquivir undoso,
bajo la verde arboleda.

(Suenan golpes en la puerta).

MAR. ¡Llaman! (Levantándose con sobresalto)

ROD ¡Llaman!

MAR. ¿Quién será?

ROD. Voy á ver.

(Abre la puerta del foro y se dirige á la verja).

MAR. No abras la verja. (Con terror).

ROD. ¡Señor don Luis de Mendoza! [illegible]
¡Tanto honor!... ¡quién lo creyera!..

(Abriendo la verja con gran estrépito de llaves, y con cierta lentitud.)

Pase... pase... ¡qué placer,
doña Mariana!... Nos llega
como llovida del cielo

la persona más selecta...
el militar más bizarro
que tiene Sevilla entera.
Pase... pase... á dar honor
á la casa y á la pueña.
(Acabando de abrir la verja).

ESCENA II

MARIANA, DON LUIS y RODRIGO

LUIS. Gracias... buen Rodrigo... gracias.
MAR. Noble señor, ¡quién pudiera
tener un palacio digno
de un huésped de tales prendas!
¡Pero es tan humilde!... En fin,
tal como es, mi casa es vuestra.
LUIS. Honra recibo, Mariana,
al ser recibido en ella,
que no hay en toda Sevilla
otra dama más excelsa.
Ante la virtud cristiana,
son ceniza las riquezas,
y el albergue más modesto
en noble alcázar se trueca
cuando el dueño lo enaltece
de su ser con las altezas.
ROD. Si algo mandan... allá dentro
vuestro servidor espera.

ESCENA III

MARIANA y DON LUIS

Mariana, con el ademán, le invita á sentarse; se sientan los dos

LUIS. Ya curiosidad tendréis,
Mariana, á lo que imagino,
de saber para qué vino,

aun viniendo á que le honréis
con recibirle... este viejo
y encanecido soldado,
que ha vivido retirado
tantos años, y al manejo
sólo atento de su hacienda.
¿Lo acertáis? Vamos a ver (Con bondad.)

MAR. Viene á darnos gran placer;
viene á honrar esta vivienda;
viene á esta casa quien puede,
sin dar más explicaciones.

LUIS. Pues yo daré otras razones,
si licencia me concede.
Quiso el rey nuestro señor,
cuya vida guarde el cielo,
recordar mi antiguo celo
y otorgarme su favor.
Así dice: (Sacando una cédula).
«Porque agrandes
»tus servicios y tu fama,
»el viejo tercio te llama
»con su pendón desde Flandes.»
Y los restos de mi vida
llevo al rebelde confín;
y esta visita, por fin,
visita es de despedida.

MAR. Su majestad, como Dios,
premia al que premio merece,
y el premio más se enaltece
al ser el premiado vos.

LUIS. Pues al despedirme, vengo
un favor á demandaros.

MAR. ¿A mí, señor?

LUIS. Vengo á daros
una prueba de que os tengo
y à Leonelo en gran estima.
¿Conseguiré la merced?

MAR. Don Luis de Mendoza, ved
que la duda nos lastima.
Al entrar en esta casa
entrásteis como su dueño.

LUIS. Es, señora, que mi empeño
quizá los límites pasa,
que ponerme, con razón
y con justicia, queráis

cuando mi empeño sepáis
y sepáis mi pretensión.

MAR. Pues Mendoza, no recelo
de qué se trata.

LUIS. Pues digo
que quiero llevar conmigo
y á mis tercios á Leonelo.

MAR. ¡El hijo del alma mía
(Levantándose con ímpetu).
á esa guerra desastrosa!
¿Él, su sangre generosa;
él, su noble bizarría,
á esa región de lagunas,
de diques y barrizales,
de enlodazados canales
y de movedizas dunas?
No, Mendoza; de esa gente
son traidores los desquites:
se escapan, rompen los diques
y anegan al más valiente.
A las liebres los podencos;
al hereje, el renegado;
á mi hijo no lo he criado
para pasto de flamencos.
Allá en la región sombría,
no tiene Leonelo, no,
ni una madre como yo,
ni este sol de Andalucía.

LUIS. No le déis tales consejos:
viniendo á Flandes conmigo,
sirve á España

MAR. Pues yo digo
que no está España tan lejos.

LUIS. Y así también cumpliría
de súbdito con la ley
sirviendo á su rey.

MAR. Su rey
no le llamó todavía;
y hasta que al rey no le cuadre
llamarle á sí, buen Mendoza,
el mozo la vida goza
al amparo de su madre.

LUIS. Esa libertad acaso
puede dañarle: á su edad,
y con mucha libertad,

del ócio al vicio hay un paso.
Joven, mozo de valor,
de sangre roja y caliente,
hay que encauzar el torrente
por el cauce del honor.
La autoridad de una madre
es mal freno y débil valla:
sobre el campo de batalla
Mendoza será su padre.
(Con interês y bondad).

MAR. Yo agradezco esa bondad (Afligiéndose)
y ese cariñoso anhelo;
pero, señor, sin Leonelo,
para mí... ¡qué soledad!

LUIS. Es por su bien; es abrir
las puertas á la esperanza.
En Flandes, con mi privanza,
asegura el porvenir.

MAR. Fuí desdichada. (Llorando)

LUIS. En efecto,
lo fuísteis; nadie lo ignora.

MAR. Todo lo perdí.

LUIS. Señora,
ganásteis honra y respeto.

MAR. ¿Yo separarme del sér
en quien mi existencia fío?
¿yo perder al hijo mio
y ya no poderle ver?
¡Y ni un beso al despertar!
¡ni una caricia al dormir!
«Madre, que voy á salir;
(Como si Leonelo hablase).
madre, que acabo entrar.»
El es mi solo consuelo;
el solo bien que acaricio:
es muy grande sacrificio.
(Protestando y alejándose de don Luís)

LUIS. ¿Qué importa, si es por Leonelo?

MAR. Y en cambio pensar... ¡veloz
(Pintando como si lo viese).
llega un flamenco y le hiere;
queda en el campo, se muere,
y «madre,» grita su voz!
No, don Luís, me moriría...
Con mi Leonelo en mi choza:

que hay mucha tierra, Mendoza,
de Flandes á Andalucía
De mi vida en el revuelto
mar, odioso y maldecido,
sólo una dicha he tenido,
pues la agarro y no la suelto.
Soldados tenèis allí
y el rey tiene capitanes;
a cada cual sus afanes,
y Leonelo para mí.
¿No ver ya su rostro altivo
bajo el ala del sombrero?
¿No escucharle: «yo te quiero
tanto, madre, que no vivo
feliz si eres desgraciada?...»
No es un hombre... es un muchacho
á pesar de su mostacho
y de su tajante espada.
He dicho que no: no màs.
(Rompe á llorar).
Perdonad, no puede aer.
Soy una pobre mujer:
separarme de èl... ¡jamàs!

Luis. Que os equivocáis recelo,
porque pensadlo, Mariana,
si vos faltáseis mañana,
¿qué sería de Leonelo?
El es muy pobre.

Mar. ¡Es muy rico!
(Sin poder contenerse).

Luis. ¿Muy rico? No lo sabía.

Mar. Una herencia de cuantía (Algo confusa)
tuvo há poco.

Luis. No replico
en tal caso. Pero es llano
que honras con sangre ganadas
son màs que las heredadas
arcas de oro de un indiano.
Conque á solas discurrid;
mis ofertas meditad;
con Leonelo consultad,
y entre los dos decidid.
Volverè más tarde.

Mar. El cielo
os recompense, señor,

tanta merced. (Abriendo la puerta).
LUIS. Por favor..,
LEON. Abran pronto (Golpeando la verja enfurecido)
MAR. ¡Mi Leonelo! (Abre la verja)

ESCENA IV

MARIANA y DON LUIS; LEONELO entra con ímpetu, sin reparar en nadie, ciego de ira, descompuesto y pálido.

LEON. ¡Cuánto tardar! Pensé que nunca abrían
¡Ese Rodrigo cada vez más viejo
más torpe y más pesado! Pues si llega
á detenerse más yo le prometo
que rompo de la reja los barrotes
y à tiro de bombarda aquí penetro.
MAR. ¡Por Dios, hijo del alma! ¿No reparas
quién honra nuestra casa?
LEON. ¿Vos?
(Reparando en don Luis y cambiando de tono).
LUIS. (Saludando). ¡Leonelo!
LEON. Perdonad: bien sabèis que siempre os tuve
mucha veneración, mucho respeto.
Y perdóname tú, madre del alma;
¡pero llegué demente... llegué ciego!
LUIS. ¿Pues qué ocurre?
MAR. ¿Qué pasa, hijo querido?
LEON. (Recobrando alguna serenidad y fingiendo ligereza).
¿Qué ocurre? Nada... Que á mi casa vengo
tarde y de prisa... y pienso que impaciente
mi pobre madre espera .. y me impaciento.
¿Qué ocurre? Mucha fiesta... mucha riña...
por la ribera el popular revuelto...
(Todo esto fingiendo animación y alegría, pero se ve que es fingido).
gritos, canciones, golpes, algazara,
rufianes, soldadesca, marineros,
villanos... y piratas disfrazados...
mozos, mendigos, vagos y chicuelos.
En fin, que de Sevilla por las calles
vaciaron sus zahurdas los infiernos.

MAR. (Alarmada y con interés.)
¿Te viste, por acaso una pendencia?
LEON. ¿Yo, madre? ¿Yo? ¿Pues por acaso llevo
sobre mi rostro escrito...? ¡Qué locura!
Tranquilízate, madre, que no quiero
(Con mucho interés)
que tú sufras por mí un sólo instante.
Tú eres el sér sagrado, el sér excelso,
la perfección humana... mi cariño...
¡mi fé, mi Dios!
LUIS. (Con severidad) ¡Tu Dios está en los cielos!
LEON. Tenéis razón, pero la quiero tanto...
MAR. Ya lo véis; imposible; no os lo cedo...
(A D. Luis)
LUIS. Sin embargo, vendré. (Despidiéndose).
MAR. Siempre que os plazca.
LEON. Don Luis...
LUIS. Doña Mariana... Adiós, Leonelo.
(Sale por el fondo: Leonelo cierra la verja y la puerta)

ESCENA V

MARIANA y LEONELO

MAR. Algo me ocultas; pero yo adivino
en tu mirada, en tu furioso ceño,
que ronca tempestad mal contenida
ruge violento en tu robusto pecho.
¿Secretos para mí?
LEON. No, madre mia.
¿Tuve yo para tí nunca secretos?
MAR. ¿Penas acaso?
LEON. ¡Penas!... qué delirio!...
¡Ira, rabia, furor! ¡Eso es lo cierto!
¡Romper, matar, hundir toda mi espada
hasta los gavilanes! Eso quiero.
MAR. ¿Pero qué tienes?
LEON. ¡Qué madre querida!
Que tienes deshonrado á tu Leonelo
MAR. (Acercándose á él con angustia).
¿Tú deshonrado?
LEON. ¡Yo! ¡como lo digo!
¡Ya su mano no puede un caballero
tender al hijo tuyo sin mancharse;

de infamia y de baldón la marca llevo:
como á un forzado vil, como á un esclavo,
como á una res vacuna en anca ó cuello
en la mejilla me la puso un hombre!...
Y mira, ¿ves? ¡no hay sangre en este hierro!
(Sacando a medias la espada).
No verás sangre suya, ni en mis uñas,
¡ni lo que hiciera una mujer! .. ¡ni aun eso!
No traigo sangre ya más que en el rostro:
¡sangre cobarde! ¡ruín! ¡sangre de perro!

MAR. ¿Un hombre te afrentó?

LEON. ¡Me afrentó, madre!

MAR. ¿Pues no llevas en el cinto acero?
¿No eres mozo robusto? ¿No te acuerdas
que tienes madre y que tuviste abuelos?

LEON. ¡Lo ves! Lo que dije; todos, todos,
(Desesperado).
hasta mi madre, asombros y desprecios!

MAR. Eso no, vida mía, mi esperanza...
ven á mis brazos. (Cambia de tono).

LEON. No; ¿soy un chicuelo?
Se consuela á los niños de ese modo;
pero á un hombre, cual yo... no hay más
(que un medio
de consolarle... Por Sevilla toda,
búscame á mi ofensor. Su rostro al menos...
descubre en las revueltss callejuelas,
y más te te deberé sólo con eso,
que si otra vez tu generosa sangre
compartieses conmigo y tus alientos,
cuajando de tu sér en las entrañas
el nuevo sér y los futuros besos.

MAR. Pero cuenta que fué, que ignoro el caso,
y me consumo yo por conocerlo.
Que te afrentó en la plaza... ante la gente
¿Lo vieron todos?

LEON. Sí; todos lo vieron.

MAR. ¿Un hidalgo tal vez?

LOEN. Quizá lo fuera;
pero su rostro, á lo que yo recuerdo,
era rostre de Judas, de pirata,
de morisco, de turco, en fin, de perro.
Lujoso, sí; lujoso y arrogante;
pero más que arrogante, rufianesco.
Como el bandldo que el botín se gasta

en galas, joyas, plumas y aderezos.
¿Cuándo veré de sus flamantes telas
)Con nuevo arranque de ira).
rojos en sangre los bordados flecos?

Mar. ¡Pues cuenta como fué... por Dios, acaba,
que de impacieucia ya me desespero!
(Pausa. Leonelo pr cura serenarse, después se sientan os dos.)

Leon. Mucha gente por la villa,
alborotada y gozosa;
nunca he visto más hermosa
ni más alegre á Sevilla.
Se caminaba á empellones
entre gritos y codazos;
hacia arriba muchos brazos
y al viento muchas canciones
El sol rozando el poniente
y cegándonos los ojos,
y mandando rayos rojos
por encima de la gente.
Al fin, del todo se hundiò
bajo el tendido celaje;
empalideció el paisaje
y el crepúsculo empezó.
Delante, el hombre que os digo
marchaba no sé con quièn;
y junto á las dos, también,
y en los brazos de un meddigo,
una niña, de tez clara
y de revuelto pelambre,
con la miseria y el hambre
retratándose en la cara.
Lo vistoso del rufián
por fin llamó su atención...
¡tanto dorado galón
y cintajo de Milán!
Y de su rostro hechicero
los ojos, tristes y hundidos,
se fijaron sorprendidos
en las plumas del sombrero.
La mano hacia ella tendió,
hizo presa con afán,
dió media vuelta el rufián
y la pluma se tronchó.
El miserable enrojece;

le da á la niña un revés;
quiere repetir después;
la sangre se me enardece;
su muñeca con mi mano
sujeto, y mientras la ciño,
le rujo: «¡quien pega á un niño,
es cobarde y es villano!»
Al encontrar resistencia,
él se revuelve y me mira.
Hacia atrás el brazo tira:
se desprende con violencia,
y con sonrisa procaz,
diciendo: «lo que te debo
que hay para todos mancebo;»
pone su mano en mi faz.
¡Un instante... un siglo fué!
¡Un coro de carcajadas!
Mil figuras emboinadas
gritando: «¡que no se ve!»
Se me desplomó Sevilla:
quedé loco y quedé ciego:
¡sentí pegada con fuego
una mano á mi mejilla!
¡En un grito el alma va!...
Hago círculo... me encojo...
saco mi espada... me arrojo...
el hombre no estaba ya (pausa).
Y he corrido insensato por Sevilla,
hora tras hora con arrojo ciego,
buscando entre las sombras quien tuviese
brillo de gala, de rufián aspecto,
barbas bermejas, de Milán cintajos
y tronchada la pluma del sombrero,

Mar. Pensé que era otra cosa: el que te ofende
y huye después... demuestra su abolengo.
Insultos de chiquillos y mujeres,
mordeduras de can, golpes de viejo,
afrentas del que afrenta, y después pone
en el trance final tierra por medio,
no lograron jamás de un hombre honrado
manchar la faz ni quebrantar el pecho.
Eso afrenta no fué... fué un golpe al aire;
golpeó, y después . después te tuvo miedo.

Leon. No, madre, que el rufián era valiente.
No me convences, no. Su mano llevo

sobre mi rostro como marca infame.
Y todos celebraron y rieron
el rudo golpe de carnosa palma
(Mostrando la de la mano.)
que puso rojo à mi vergüenza el sello.
A ese hombre necesito, madre mía:
sin él no hay para mí ni paz ni sueño.
Sevilla correré, correré el mundo,
y hasta las mismas puertas del infierno
he de llegar. Si Dios no me lo entrega,
veré si Satanás oye mi ruego. (Llaman).

MAR. ¡Calla, infeliz, blasfemas!

LEON. Han llamado.
(Pausa, y vuelven á llamar).

MAR. Y llaman otra vez. A nadie espero.
¿Quién podrà ser? (Temerosa).

LEON. Alguno que á gozarse
en mi vergüenza viene. No he de verlo.
(Se va á retirar, pero se detiene).
O quién sabe .. tal vez noticias traiga]
que pueda utilizar.

MAR. Quien es veremos
Pero al abrir la puerta extraña angustia
el corazón me oprime, y dudo y tiemblo.

ESCENA VI

MARIANA, LEONELO y JAIME DE ROJAS

JAIME. ¡Ah de la casa! aunque la casa es tumba
por su negrura y su tenaz silencio.
(Penetrando resueltamente).

LEON. ¡Él! (La puerta queda abierta).

JAIME. ¡Mariana!

MAR. ¡Jesús!

LEON. ¡Satán lo envía!
Por fin, por fin en mi poder lo tengo.
(Con alegría).

MAR ¡Eres Jaime!

JAIME. Soy Jaime.

MAR. ¡No es posible!

JAIME. ¿Y quién es él? ¿Quién este mancebo?
(Señalando á Leonelo).

LEON. Muy pronto lo sabrás: el que afrentaste

en la plaza.

JAIME. (Riendo). Es verdad.

MAR. ¡Dios de los cielos!

(A los gritos se va deteniendo gente de la que cruza por la plazoleta y se queda en la puerta.)

LEON. ¡El que lleva en su faz amoratada
la marca infame de tus cinco dedos,
y va á frotar con sangre de tus venas
los verdugones que en su piel hicieron!

ESCENA VII

MARIANA, LEONELO, JAIME y RODRIGO. Gente en la puerta.

ROD. ¿Qué ocurre?

MAR. Mírale.

ROD. ¡Jaime de Rojas!

JAIME. ¿No véis que acude gente?

LEON. ¡Si lo anhelo!
¿En público mi afrenta? ¡Mi venganza
en público será! Vengan adentro.

ROD ¡Calla... calla!... (Espantad

MAR. ¡No mas!

JAIME. (A Rodrigo). Cierra esa puerta;
los curiosos afuera. (La gente retrocede).

ROD. Te obedezco.

(Echa la gente que se agolpó, y cierra).

LEON. (Contemplando á los dos con asombro).
¡No estoy en mí ¡Deliro, madre mía!
¿Le conocéis? ¿Le obedecéis? ¿Qué es esto?
¡Él en mi casa como en casa propia,
su voluntad á todos imponiendo...
cual pudiera mi padre! ¡No, mentira!

MAR. ¡Vete... vete, por Dios... vete, Leonelo!

LEON. Bien está; yo me iré; mas antes, madre,
en el rufián he de clavar mi acero.
¿No quieres que aquí sea? Ven conmigo:
(A Jaime).
á la plaza los dos, y á los destellos
del farolillo que el retablo alumbra,
te arrancaré tu corazón de cieno.
¡Miserable rufián, cobarde y torpe!
¡Miserable ladrón, que á un caballero

la honra le robas y huyes espantado
porque te clava su acicate el miedo;
ven á morir de espaldas á la imagen,
de cara á mí, de frente á los infiernos!

JAIME. (Dejándose caer perezosamente en un sillón, después de mirar con desprecio à Leonelo).

Hazle que calle, que me va cansando
su charla necia y su insolente ceño.
Le castigué una vez sin conocerle,
y probó el mozo de mi mano el peso.
Repetiré el castigo si es preciso.

LEON. ¡Ah!
(Precipitándose sobre Jaime. Mariano se pone delante)
¡Madre, aparta!

MAR. ¡No!

LEON. ¡No lo comprendo!
¿Me amenaza . me insulta... y le defiendes?
Y bien, después se aclarará el misterio.
Ahora, señor matón, haced coraje.
¡Arriba! ¡Alzad .. al aire pronto el hierro!

MAR. ¡Eso no!

JAIME. Tentaciones me van dando...

LEON. Venid. (A Jaime).
¡Aparta! (A su madre).

MAR. ¡Compasión, Leonelo!

LEON. Si no me sigues, tu mejilla azoto.

JAIME. ¡Basta! (Levantándose).

ROD. Repara... (A Leonelo, queriéndole sujetar).

MAR. ¡No!

LEON. ¡Por el infierno!

JAIME. ¿Tú lo quieres? (A Leoncio).

LEON. ¡Por fin!

MAR. ¡Hijo del alma!

ROD. Mira que te dió el sér. (A Leoncio).

LEON ¡Mi padre!
(Retrocede con espanto y terror).

JAIME. (Contemplando á todos con risa burlona).
Bueno;
tanto me da...

LEON. ¿Tu esposo? (A su madre).

MAR. Sí, mi esposo.

JAIME (Volviendo á sentarse riendo).
Gracias al diablo que sus gritos necios
se aplacaron por fin. Conque ahora, vete.

MAR. Sí, déjanos por Dios.

ROD. Vamos, Leonelo,
(Llevandose a Leonelo, que ha quedado en el más profundo estupor).
que yo te contaré toda la historia.

LEON. ¡Ese rufián mi padre!
(Oprimiéndose la cabeza entre sus manos).
¡Qué tremendo,
qué horrible desengaño! ¡No: sus golpes. .
sus insultos... mi afrenta!.. Lo prefiero
todo.. todo á tener de ese hombre sangre.
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Mentira! ¡No lo creo!
(con fiereza y desesperación, saliendo con Rodrigo).

ESCENA VIII

MARIANA y JAIME

JAIME. Ya nos juntó la fortuna
por vez segunda, Mariana:
Veintidós años pasaron
y aún la juventud sus galas
no retiró de ese rostro,
que la tierra sevillana
festejó en pasados tiempos
con canciones y con zambras.

MAR. ¿A qué vienes?

JAIME. ¡Qué pregunta!
A las olas de la playa
pregúntales por qué llegan
cuando sopla la borrasca.
Vienen de alta mar y luego
se las lleva la resaca.
Se deshacen en espuma,
rujen, chocan, rompen, pasan (Pausa).
¿Vine esta noche? ¡Pues vine!

MAR. ¿Y te marcharás?

JAIME. Mañana.
Esposo menos molesto
no tuvo ninguna dama.

MAR. ¡Márchate ahora mismo, Jaime!
¡Sal de aquí!

JAIME. Tengamos calma.
Por el pronto, yo te juro
que no me prestó sus alas

el amor para venir:
de algo más serio se trata.
Siempre admiré tu belleza,
mas no me abrasó su llama.
Hay algo en tí que me hiere,
algo en tí que me rechaza.
Más me atrae una beduina
del desierto ó una esclava,
ó de Etiopía una negra,
una almea, una jitana,
que tu rostro de madona
ó tu figura de estatua.
Si por tí hubiera sentido
esa pasión que avasalla
al noble como al pechero,
al cristiano y al pirata,
¿hubiese cedido yo
ni por oro ni por nada,
al Marqués de Torrenegra
y su pasión insensata,
en la noche de mis bodas
á mi divina Mariana?

Mar. ¡No más; no más; la vergüenza,
y el odio y el asco estallan!
No más, vete, vete al punto:
sal, villano, de esta casa.
¡Pronto, pronto!

Jaime. Pues de tí
depende que pronto salga.
La fortuna no me ha sido
propicia en toda jornada:
cien veces jugué mi vida,
y annque algunas veces gana
el que juega, muchas pierde,
y hoy se inclina mi balanza...
á la siniestra: (Riendo.) del lado,
según las historias narran,
en que bullen los protervos
y en que Luzbel se agazapa.

Mar Concluye pronto. Yo sé
que á decir vas una infamia:
cuánto más pronto la digas,
más pronto el coloquio acaba.
Antes no fuiste cobarde:
el mal y el bien te importaban

lo que al huracán la arena,
lo que la arista á las llamas,
Con que adelante: te escucho.
Sin rodeos.

JAIME. Pues me agrada. (Levantándose.)
Para un proyecto soberbio,
qne aqní dentro se agiganta!(La frente)
oro necesito, y mucho,
ó preseas que lo valgan.
Tú las tienes.
(Acercándose á Mariana: ésta retrocede.)
Dàmelas.
Tan sólo vengo á buscarlas,
y ya te traerán noticias
de las argelinas playas:
orgullo vas à sentir (Riendo).
de ser mi esposa, Mariana.

MAR. Yo soy pobre: nada tengo:
ya lo sabes

JAIME. ¡Què taimada! (Riendo).
¡Pues antes nunca mentías!
¡Cómo los años socavan
las màs robustas virtudes,
las fortalezas má altas!
¿A mí con esas? ¡Yo soy
en mentiras y en patrañas
gran maestre! De mínadie
logró burlarse en mis barbas.
Del Marquès de Torrenegra,
con gran reserva, una caja
preciosa te han entregado
no hace más que una semana.
¡Un caudal, ricas preseas!
¡oro! ¡soberbias alhajas!
Lo sè por el que la trajo:
conque obedece y despacha

MAR. No me pertenece; es suya, (Por Leonelo)
y su madre se la guarda.

JAIME. ¡Herencia paternal ¡Ya! (Riendo)
¿Es de Leonelo? Acabaras.
(Lanzando una carcajada).
Pues el hijo hereda al padre;
el padre, aun siendo un pirata,
debe heredar... al que lleva
su nombre, la cosa es clara.

MAR. Ni mi Leonelo tu sangre
pestilente y renegada
llevó nunca; ni tu nombre
usó jamás. Le bastaba
con el mío. Y acabemos,
que la paciencia me falta
y á la ronda acudiré,
si no sales de esta casa.

JAIME. Bien está. Venga mi arquilla
sin más melindres ni maulas.

MAR. ¿El porvenir de Leonelo?
¿Su fortuna entre tus garras?
¡No me conoces, villano!

JAIME. ¡Y tampoco por las trazas
te acuerdas de quién soy yo!
(Avanzando, reconcentrado y terrible).
¡El hombre que odia y que mata!
A mí el oro me fascina,
á mí la sangre me embriaga.
¡El oro dió sus reflejos
á mi cabello y mis barbas;
y la sangre dió á mi piel
su real manto de escarlata!
¿Qué me importa el porvenir
de ese engendro, ni tus lágrimas?
¿Ni tu vida, ni su vida,
ni otras cien que se cruzaran
entre el placer que me espera
y la presa que me llama?
Pronto; ¡mi botín!

MAR. ¡Jamás!

JAIME. ¡Piénsalo bien!

MAR. No.

JAIME. ¡Mariana!
Vas á morir. (Cogiéndola por un brazo).

MAR. Poco importa.

JAIME. Y vendrá Leonelo. (Riendo).

MAR. Basta.
¡Eso no! Dios poderoso...

JAIME. Y con esta misma daga
romperé su corazón.

MAR. No, por Dios.

JAIME. ¡Y aquí á tus plantas
verás al sér de tu sér,
al hijo de tus entrañas!

¿Qué vale más? ¿Su existencia,
ó un mal puñado de plata?

MAR. Enloquezco... ¡Virgen mía!

JAIME. La riqueza es cosa vana:
si se pierde, se repone;
pero la vida se acaba,
y se acaba para siempre:
¡no ser hoy; no ser mañana!

MAR. ¡No, por Dios! ¡Jaime, por Dios!
¡Mi Leonelo de mi alma!

JAIME. ¡Ruín mercancía es el oro! (Con ironía)
Sólo un réprobo, un pirata
como yo, le da valor;
pero tú, mujer cristiana
y virtuosa... ¿tú vacilas
entre esas joyas menguadas
y tu Leonelo? ¡Imposible!
¡Fueran repugnantes ansias!
¡Yo te juzgué más amante,
y más noble y más hidalga!
Conque ahora mismo la arquilla.
(Sacudiéndola con furor.)

MAR. ¡Espera!

LEON. ¡Por la barbada
del caballo de Mahoma,
que si no me das el arca,
entro y le arranco á Leonelo
con mi puñal las entrañas!

MA ¡Eso no! ¡Ya cedo!

JAIME. ¡Vamos!
(Llegan al mueble donde está la arquilla).

MAR. ¡Jaime!

JAIME. ¡Pronto!
(Mariana saca la arquilla y se la entrega).
¡Bien guardada
la tuviste! Pero tienen
mis llaves mejores guardas.
(Se va riendo y mirándola, hacia el foro. Mariana queda desfallecida por la lucha, y apoyándose en el mueble de donde sacóla arquilla)

MAR. ¡Villano!... ¡Cobarde!.. ¡Vil!
(Con voz ahogada: en este momento se presenta Leonelo en la puerta, pero no le ven todavía)
¡Judas! ¡Me siento tentada
de llamar á mi Leonelo,

para que como á un pirata
que fuiste y un renegado,
te eche á palos de esta casa.

ESCENA IX

MARIANA, JAIME y LEONELO

LEON. ¡Ya me tienes!
MAR. ¡Hijo mío!
LEON. ¿Qué te asombra? Me llamabas
y acudo.
(Jaime va a salir, pero Leonelo se desprende de su madre, se precipita a la puerta y cierra el paso al pirata),
No; paso á paso.
La salida esta cerrada.
¡Tenemos que hablar los tres,
vive Cristo!
JAIME. ¡Bien Mariana!
Tú lo quisiste; pues sea.
Espero. ¿Qué quieres? Habla.
LEON. Una historia me ha contado
allá adentro el buen Rodrigo;
pero saber no consigo
lo que en el fondo endiablado
de esa historia se revuelve,
enredando su madeja.
¡Un marido que te deja,
y hoy un marido que vuelve!
MAR. ¡No más, Leonelo; no más!
LEON. ¿Es mi padre, madre mía?
JAIME. Ni lo soy, ni lo seria,
ni quise serlo jamás.
¡Si la duda, vive Dios,
te contuvo... la rasgamos!
LEON. ¿Es mi padre?
MAR. No.
JAIME. Riñamos,
si te apetece, los dos.
MAR. ¡No soy liviana... no á fe!
(A Leonelo con angustia).
¡no dudes, no me maldigas!
LEON. No hace falta que lo digas,

que eso de sobra lo sé.

JAIME. ¡No te apures... si se alegra!
(A Mariana, riendo).

LEON. ¡Si la dicha me arrebata!

MAR. Me vendió como un pirata...

JAIME. Al Marqués de Torrenegra.

LEON. ¡No llores; no llores, madre!
¡Si yo tu virtud abono!
¡Si ya casi te perdono
por no haber sido mi padre!
¡Pudo serlo! Y su partida
de él nos libró, madre amada;
pues fué la acción más honrada
y más noble de su vida.

MAR. ¡Hijo!...
(Jaime los contempla con burla, apretando la arquilla contra su pecho).

LEON. No llores... te quiero!...
¡Te adoro!... ¡Beso tu mano!...
Dame por padre un villano;
dame por padre un pechero;
dame por padre un infiel;
un forzado en su condena;
un esclavo con cadena;
¡todos, todos... menos él!
(Se separa de su madre y vuelve á la puerta: su madre le sigue).

JAIME. El afán de oro me trajo:
oro buscaba no más:
oro con sangre me das,
¡agradezco el agasajo!
O apártate de esa puerta,
o echa la tanjante al viento.
Tengo prisa.

LEON. Lo lamento.

JAIME. Abrirás.

LEON. (Abre la puerta y la verja de la calle).
¡Pues ya está abierta!
¿Lo ves? La puerta franqueada.
Está cumplido tu antojo.
(Jaime quiere salir: Leonelo desnuda la espada y separa a su madre. El pirata deja la arquilla y saca su espada).
Antes cerraba un cerrojo;
pero ahora cierra una espada.

(Jaime y Leonelo se mueven tomando distancias, pero sin acometerse todavía).

MAR.. ¡Eso no! ¡Socorro! ¡A mí!

ESCENA X

DICHOS y RODRIGO

MAR. ¡Rodrigo!
Llama á la ronda.
ROD. ¡No hay quien responda!
MAR. ¡Ah, del rey! (Desde la verja).
ROD. ¡Luz por allí!
MAR. (Leonelo y Jaime, como dos gatos monteses, se observan: se toman las vueltas: se acometen breves instantes: se buscan: se separan. Este asalto debe estudiarse bien y con verdad: es mas que esgrima de caballeros, esgrima de rufianes.)
JAIME. ¿Por el hombre que odia y mata!
¡por el oro que me espera!
¡por mi Mariana hechicera! (Riendo).
¡por mi sangre de pirata!
LEON. Sí; por tu sangre de perro!
¡por la afrenta de mi madre!
¡por la mía, por mi padre!
¡por Dios y por este hierro!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, RODRIGO, MENDOZA y GENTE DEL PUEBLO que se agolpa á la puerta: al final la RONDA

MEND. ¡Riñe! ¿Con quién?
ROD. ¡Con su padre!
VOCES. ¡Con su padre!
MEND. ¡Santo Dios!
(Se quiere interponer entre ambos: lo mismo Mariana y Rodrigo: el pueblo se agolpa)
¡Atrás!
LEON. ¡Nadie entre los dos!
¡Esta es la buena! ¡Al fin, madre!
(Jaime, herido, vacila y cae junto al cofrecil o, abrazandole al morir).

MAR. ¡Hijo mío! (Abrazandole).
VOCES. ¡Rodó al suelo!
MEND. ¿Qué hiciste?
ROD. (A don Luis) ¡Si era un bandido!
¡si robarnos ha querido
todo el caudal de Leonelo!
LEON. ¡Su expiación!
MAR. ¡Merecida!
MEND. ¡Mató á su padre por oro!
ROD. ¡Si era un tesoro!
VOCES. ¡Un tesoro!
OTRAS VOCES. ¡Parricida!
MEND. ¡Parricida
VOCES. ¡Muera, muera!
LEON. Ya os espero.
MEND. ¡Miserable!
VOCES. (A Leonelo) ¡Morirás!
MAR. ¡Es inocente!
LEON. (No más,
que tu honor es lo primero).
¡Yo le odiaba y él á mí!
¡Turba necia, turba loca!
¡me provocó!... ¡quien provoca
a Leonelo... acaba así!
¡Nada ataja mi furor!
¡Te maté!... ¡no me arrepiento!
VOCES. ¡Muerte... muerte y escarmiento!
OTRAS VOCES. Aquí la ronda.
MEND. ¡Qué horror!
LEON. ¡Adiós, madre de mi vida!
¡Dame un beso y otro más!
¡que tú nunca olvidarás
á Leonelo el parricida!
(Se precipita sobre la gente, la acuchilla, y se abre paso).
VOCES. Mató á su padre.
OTRAS VOCES. ¡A su padre!
MEND. ¡Dadle caza!
MAR. ¡Por el cielo!
VOCES. ¡Muerte... muerte!
MAR. ¡Mi Leonelo!
LEON. ¡Paso, canalla!... ¡adiós madre!
(Ruído de espadas, Telón).

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSÉ ECHEGARAY.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso (Primera parte de una trilogía).
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa (Segunda parte de la trilogía).
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso
Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama, tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original, en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía).

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama un acto y en verso.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
El hijo de don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción).
Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
Amor salvaje, bosquejo dramático, en tres actos, original y en prosa.